

Amigas y amigos de otros lados

Cuentos y dibujos de niñas, niños y jóvenes
sobre personas refugiadas
2017



Coedición: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

Editor responsable: Francisco Javier Conde González.

Cuidado de la edición: Karen Trejo Flores.

Corrección de estilo: Haidé Méndez Barbosa.

Diseño editorial: Gladys Yvette López Rojas.

Distribución: Sonia Ruth Pérez Vega, Eduardo Gutiérrez Pimentel y José Zamora Alvarado.

Dibujo de portada: *Refugiados*, de Magdalena Castrejón Ocampo, dibujo ganador del primer lugar en la categoría de 9 a 12 años.

Agradecemos la participación comprometida y solidaria de las y los miembros del jurado del concurso: Sandra Lorenzano, Juan José Vargas Lemus y Francisco Hinojosa en la categoría de cuento; y Gabriela Castañón, Génesis Ruiz Cota y Elías Orta Fermín en la categoría de dibujo.

Primera edición, 2017

D. R. © 2017, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
Av. Universidad 1449, col. Pueblo Axotla,
del. Álvaro Obregón, 01030 Ciudad de México
www.cd hdf.org.mx

D. R. © 2017, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

Cervantes Saavedra 193, oficina 1402, col. Granada,
del. Miguel Hidalgo, 11520 Ciudad de México
www.acnur.org

D. R. © 2017, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo, 11590 Ciudad de México
www.conapred.org.mx

Los cuentos y dibujos contenidos en esta publicación fueron elaborados y presentados en el marco de la edición 2017 del concurso de cuento y dibujo sobre personas refugiadas Amigas y amigos de otros lados, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred. El contenido de los cuentos y dibujos no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición sino que es responsabilidad de sus autoras y autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

5	Presentación Mark Manly Nashieli Ramírez Hernández Alexandra Haas Paciuc	Un hijo de refugiados Nubia Preciosa Méndez Guerra, <i>Estrellita marinera</i>	20
	Cuentos y dibujos ganadores, edición 2017	Respeto entre todos Diana Itzel Bautista Gil	24
14	Regalos culturales Ángela Granados Chávez	Si la vida fuera más fácil Iker Ocampo Servín, <i>Reki</i>	25
15	Manú y Mía Jorge Vladimir García Novela	Una niña nueva Dulce Violeta Pacheco Méndez	28
19	La esperanza de los refugiados Aranza Hernández Salmerón	Niños migrantes Darío Damián Torres Vázquez	29
		Esperanza y sueños Sofía Victoria Rodríguez Pérez	31
		La ciudad errante Carlos Alfredo Vela Ruiz, <i>Cuauhcoatl</i>	32

36	Rostro de dolor y esperanza Fabiana Echavarría Rodríguez	Camino a la libertad. Esperanza, fuerza y valentía Itzel Mariana Vargas Contreras, Lezti VC	54
37	En México no hay muros Kensi Azucena Méndez Guerra, <i>Flor de mayo</i>	Construye, no muros Isaac Ernesto Vázquez Sandoval	59
43	El brazo que lleva a la felicidad Lucero Facundo Torres	¿Cómo son recibidos los refugiados que viven en México? Jennifer Nayeli Navarro Soto	60
44	El camino difícil a la esperanza Gerardo Ramírez Chávez, <i>la Canica</i>	Alegra tu mundo otra vez Oliver Montes García	63
49	Conviviendo con nuestros amigos refugiados Jesús Márquez Valderrábano		
50	Un fantasma... Pedro Joaquín Dascalakis, <i>Sid Stardust</i>		
53	Refugiados Fernanda Carolina Bravo Anaya		

Presentación

Mark Manly

Representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México

Buenos días a todas y a todos. Es un placer estar aquí para celebrar y reconocer el esfuerzo de las chicas y los chicos que han participado en este noveno concurso de cuento y dibujo ahora denominado Amigas y amigos de otros lados. Es un privilegio estar aquí con Alexandra Haas, presidenta del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación; Rosío Arroyo, directora ejecutiva de Educación por los Derechos Humanos de la Comisión de Derechos Humanos

del Distrito Federal; así como con la escritora Sandra Lorenzano, amigas de otros escenarios. Quiero agradecer a Dolores Beistegui, directora general del Papalote Museo del Niño, por hospedarnos el día de hoy; y no hay que olvidar la presencia de las chicas y los chicos que han tomado su tiempo para participar en el concurso y que serán premiados el día de hoy. Me parece apropiado que estemos aquí en este museo que celebra la creatividad e imaginación de las niñas y los niños.

En este noveno concurso de cuento y dibujo han participado más de 350 niñas y niños de 25 entidades federativas, entre ellos algunas personas solicitantes de la condición de refugiado que se encontraban en la estación migratoria de Acayucan, Veracruz. Cabe destacar que, aun cuando este año no haya ganado ningún solicitante de asilo o refugio, el año pasado sí ganó un niño refugiado radicado aquí en México.

Para nosotros en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados es muy impor-

tante promover este tipo de ejercicios de reflexión y solidaridad, porque el tema de las y los refugiados no es un tema fácil; es una causa que siempre requiere de más amigas y amigos. Es una causa que implica darle la bienvenida a este país a personas de otros lados y en momentos como el contexto actual, luego de los trágicos sismos de septiembre, se vuelve de particular importancia. Después de este tipo de tragedias es muy común que la sociedad mire hacia adentro y es fácil olvidar que hay otras personas de otros países que pueden tener necesidad de respuesta solidaria. Por lo tanto, el evento del día de hoy viene en un muy buen momento.

Actualmente, a nivel mundial hay más de 65 millones de personas que han sido obligadas a salir de sus hogares debido a la violencia, a la violación a sus derechos humanos o a los conflictos armados. Muchas se encuentran todavía dentro de sus propios países, pero más de 22 millones han sido obligadas a huir y buscar protección como refugiadas. Aquí en México lo estamos viendo con mayor frecuencia a raíz de la

violencia vivida en los países de Centroamérica, particularmente Honduras y El Salvador; pero también a raíz del contexto actual en Venezuela. De hecho, en los últimos seis años el número de personas que han venido a México buscando protección como refugiados se ha incrementado en más de mil por ciento.

México está llamado a responder nuevamente de manera solidaria a estas personas. Digo nuevamente porque México tiene una larga tradición de asilo, de brindar protección a las personas que huyen de la persecución y de violaciones a derechos humanos. Todos conocemos la experiencia de los españoles en los años treinta y cuarenta, de los judíos europeos en la misma época y posteriormente, en los años setenta, de personas del Cono Sur: Argentina, Chile y Uruguay. Más recientemente, México albergó a más de 46 000 guatemaltecos que huyeron del conflicto armado en los años ochenta. Después pensamos que las cosas iban mejor en nuestro continente, pero lamentablemente no es así. Ahora México está recibiendo de nuevo un número importante de refugia-

dos. De las personas que llegaron en el pasado para solicitar la condición de refugiado en México casi la tercera parte son niñas y niños. La mayoría llegó con sus familias, pero hay un número creciente de niños y niñas que han llegado sin familiares: más de 200 en 2016. Son personas no acompañadas; esas personas también requieren una respuesta solidaria.

En el marco del concurso es interesante entender además cuáles son los factores que han obligado a estas personas a salir de sus países. Y nuevamente hay un elemento muy importante para las y los niños y jóvenes, porque en gran medida los niños que vemos ahora en México están huyendo del reclutamiento forzado a manos de grupos delincuenciales en sus propios países. Es decir, situaciones donde pandillas muy bien organizadas y muy fuertes llegan a reclutar a un niño o una niña por la fuerza y la única solución para esta familia es la salida de su propio país debido a que ahí no encuentran protección.

Por todo lo anterior es muy importante la respuesta solidaria de la sociedad mexicana y apoyar a

estas personas que han perdido todo para que puedan restablecer sus vidas en este país. Eso nos lleva a la importancia de este concurso, ya que busca fomentar el entendimiento de dicho fenómeno y por ende la solidaridad de la sociedad mexicana. Por eso felicitamos mucho a las ganadoras y los ganadores del concurso.

Antes de terminar quiero agradecer a Sandra Lorenzano, Francisco Hinojosa y Juan José Vargas; así como a Elías Orta, Génesis Ruiz y Gabriela Castañón, miembros del jurado de cuento y dibujo, respectivamente, por haber apoyado este esfuerzo. Muchas gracias a todos los niños y las niñas por haber participado. Felicidades a las y los ganadores y esperamos que su ejemplo sea seguido por otros niños, niñas y jóvenes en otros concursos.

Muchas gracias. 

Nashieli Ramírez Hernández

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal


Para la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal resulta un honor escribir estas líneas en el marco del concurso de cuento y dibujo Amigas y amigos de otros lados, iniciativa impulsada junto con el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación y la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México.

El libro que las y los lectores tienen en sus manos representa la culminación de un largo proceso

creativo llevado a cabo por niñas, niños y jóvenes entusiastas quienes participaron en el concurso realizado durante 2017 en el que se recibieron 351 trabajos provenientes de 25 entidades federativas.

Quienes formamos parte de las instancias que organizan este concurso sabemos que la experiencia de las personas refugiadas es compleja y dolorosa. Muchos de sus derechos humanos se ven vulnerados al salir huyendo de sus países para poner a salvo sus vidas.

Históricamente nuestro país ha sido un lugar de acogida solidaria para las personas en esa situación; y como las niñas, los niños y las y los jóvenes lo han expresado en sus maravillosos cuentos y dibujos, son muchas las acciones cotidianas que podemos poner en marcha para apoyar a las personas refugiadas.

Felicidades a las niñas y los niños participantes que tomaron sus plumas, lápices, crayolas y acuarelas para imaginar un mundo distinto. 

Alexandra Haas Paciuc

Presidenta del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

La migración, observada por nuestros niños y niñas.

A manera de presentación del libro Amigas y amigos de otros lados

De entre las tareas fundamentales para combatir la discriminación, particularmente la que afecta a las personas refugiadas y a las migrantes, destaca la que se refiere a la educación, la sensibilización y el cambio cultural. Dicha tarea, como todas las que

inciden en el fortalecimiento de la cultura de los derechos humanos, no es sencilla: implica desandar el camino de los prejuicios y estigmas que por muchos años ha hecho aparecer a ciertas personas como merecedoras de un trato diferenciado y portadoras de derechos que no son los que corresponden al resto de la población. Por eso es que el trabajo que se realice en este rubro con las personas más jóvenes, con niñas y niños, resulta fundamental para la lucha contra la discriminación; sobre todo porque en este caso son ellas y ellos quienes experimentan de manera acentuada la vulneración que es resultado del desplazamiento.

Las niñas y los niños refugiados, así como aquellos que se enfrentan con el fenómeno de la migración en sus comunidades, deberían ser el foco de nuestros esfuerzos culturales y educativos para combatir los prejuicios y estigmas que aún al día de hoy enfrentan a muchas personas y colectivos con la discriminación. El concurso de cuento y dibujo Amigas y amigos de otros lados, convocado por

el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) junto con la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y que da origen al presente libro, se inscribe en esa línea. Este esfuerzo colectivo tiene como propósito fundamental sensibilizar a niñas, niños y adolescentes, así como a la población en general, sobre la discriminación que las personas refugiadas viven en México. En general, los trabajos fueron una manera de responder algunas de las preguntas más urgentes en esta materia: ¿Cómo se recibe a las personas refugiadas que viven en México? ¿Cuáles son las aportaciones de ellas a la comunidad a la que llegan? ¿Cómo promovemos su integración a la sociedad en un marco de respeto y no discriminación? ¿Cuál es la mejor manera para hacerlas partícipes del desarrollo, al tiempo que respetamos su autonomía, cultura e historia particulares?

Quienes trabajamos desde el Conapred por la no discriminación compartimos con las niñas, los

niños y las y los adolescentes cuyas obras pueden apreciarse en este libro una misma idea: que las personas refugiadas son parte esencial de México y que su incorporación a la sociedad es un paso fundamental para el desarrollo nacional. Tenemos la convicción de que incluir nos beneficia a todas y todos.

Las personas que han migrado al país se han enfrentado por generaciones a graves prejuicios y estigmas generalizados. La Encuesta Nacional sobre Discriminación en México 2010, por ejemplo, arrojó que para dos tercios de la población del país (66.7%) “la gente que llega de afuera provoca divisiones”;¹ mientras tanto, en 2015 la Universidad Nacional Autónoma de México mostró que para dos de cada cinco personas (42.7%) “los extranjeros debi-

¹ Véase Conapred, *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México. Enadis 2010. Resultados sobre personas migrantes*, México, Conapred, 2011, disponible en <<https://goo.gl/UmajXn>>, página consultada el 14 de diciembre de 2017.

litan nuestras costumbres y tradiciones”, y para más de un tercio (35.7%) “generan inseguridad”.² Los cuentos y dibujos que aquí se incluyen retratan de manera adecuada dicho panorama. Estos trabajos muestran cómo las ideas erradas sobre las personas migrantes alimentan la discriminación que se enfrenta al interior de nuestras fronteras. En consecuencia, las y los refugiados encuentran barreras constantes para ejercer casi cualquier derecho. Como parte de una vida marcada por la exclusión y la violencia, estas personas han experimentado una amplia falta de oportunidades para sobrevivir en sus países de origen, pero también grandes retos en el camino que les llevó a México, así como una considerable oposición a que desarrollen su potencial en esta nación.

² Datos de la Encuesta Nacional de Migración. Véase Maritza Cai-cedo y Agustín Morales, *Imaginario de la migración internacional en México. Una mirada a los que se van y a los que llegan*, México, IJ-UNAM (Los mexicanos vistos por sí mismos: Los grandes temas nacionales), 2015, p. 129.

Asegurarnos de que este tipo de dinámicas dejen de replicarse requiere tanto de un esfuerzo para transformar las políticas vigentes como de un arduo trabajo de cambio cultural. Necesitamos vencer y convencernos de que la discriminación sólo genera divisiones y desigualdades que alimentan antipatías y destruyen el tejido social. Por eso es que tanto el concurso como el libro al que dio origen muestran que niñas, niños y adolescentes son grandes aliados en la lucha contra la discriminación. Frente a los retos que tenemos para el futuro, sus puntos de vista ayudarán a definir el rumbo que tomará nuestro país.

Por todo lo anterior debemos reconocer la destreza con la que las y los autores han plasmado la diversidad que es consecuencia espontánea y afortunada de la migración. Sus creaciones muestran con gran sensibilidad que la inclusión en las escuelas, los hogares y los espacios públicos es un deber indispensable que no podemos relegar por más tiempo. Nosotros y nosotras, quienes como perso-

nas adultas tomamos decisiones sobre la inclusión de las personas refugiadas, tenemos que encontrar las formas institucionales y democráticas para garantizar y respetar los derechos de ellas; en el entendido de que hacerlo es una obligación legal y un imperativo ético, pero también con la certeza de que la migración enriquece nuestra cultura, nuestra identidad y nuestra productividad.

En el Conapred celebramos que este tipo de concursos nos brinde herramientas para fomentar la reflexión sobre los retos ineludibles a los que nos enfrentan los fenómenos de la migración y el refugio; y nos alegra que tantos niños y niñas hayan decidido de modo entusiasta formar parte de esta conversación. Esperamos que la próxima edición involucre aún a más personas de más entidades federativas de la república. Reconocemos el esfuerzo de cada participante, así como el esmero de quienes son autoras y autores de la presente obra, la cual nos permite mirar este fenómeno desde nuevas perspectivas; su punto de vista es esencial para

construir el México incluyente que todas y todos queremos. 

**Cuentos y dibujos ganadores
edición 2017**



Regalos culturales • Ángela Granados Chávez • Dibujo ganador del segundo lugar en la categoría de 9 a 12 años.

Manú y Mía*

Jorge Vladimir García Novela

Manú nació en Honduras, pero ahora no está allí. Él está tomando un tren en Guatemala con su hermana Mía, pero éste no es cualquier tren sino uno que lleva pasajeros aunque no tenga vagones de pasajeros. Sus padres los enviaron a México con sus tíos, pero no les dijeron la razón de esto. Ellos no estaban preocupados porque ya lo habían hecho una vez, o al menos eso intentaron hace

dos años; ahora esto era diferente, ya que tendrían que ir solos a un lugar desconocido para ellos. Tenían planeado llegar a la Ciudad de México alguno de estos días o al menos el próximo mes.

Al llegar al lugar en donde iban a subir al tren se despidieron de sus padres y esperaron a que el tren parara para cargar combustible. Ellos subieron y se metieron cuidadosamente entre dos vagones que llevaban carbón. Su hermana platicó un poco con su padre antes de que el tren partiera, pero Manú no se enteró de nada de eso cuando muchos otros como ellos empezaron a subir al tren. Se despidieron lentamente de sus padres; sabían que el viaje no iba a ser fácil, pero al menos querían intentarlo.

Inmediatamente después de que el tren había salido Mía tropezó, pero su hermano la logró agarrar de la mochila que tenía en la espalda, y es que en ese momento mandó un beso a su padre. Ella vio que estuvo a centímetros de tocar con su pie las ruedas del tren. Su hermano la tranquilizó diciéndole que todo iba a estar bien, que no había de qué

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 9 a 12 años.

preocuparse, ya que se apoyarían mutuamente. Mía decidió ir a buscar un lugar un poco más seguro y empezó a caminar por encima de los vagones del tren mientras todavía iba a baja velocidad en una zona con muchos árboles. Ella no se sentía nerviosa, ya que toda su vida había caminado sobre los tejados de las casas del pueblo en donde vivían. Cuando Mía regresó con Manú decidió contarle lo que le dijo su padre:

—Papá me dijo que ambos nos debemos apoyar y que a mí me tocaba buscar el lugar más seguro para el trayecto, así que ya lo encontré: está dos vagones más adelante. Toma tus cosas, yo te agarro, nos moveremos cuidadosamente. Es como cuando jugamos sobre los techos de las casas, solamente que esta vez estamos a cinco metros de altura sobre un tren que va a 15 km/h. No hay casi diferencia, ¿o sí?

Cuando Manú vio lo que había encontrado Mía se sorprendió mucho, ya que era el único vagón en el que se podía entrar, lo malo es que era uno de los

menos cómodos; sin embargo, era el más seguro, ya que tenía una puerta. Este vagón era de puras provisiones para un supermercado, lo malo es que adentro hacía mucho frío, ya que estaba diseñado para mantenerse así; sin embargo, no estaba tan mal, ambos se cubrieron con la poca ropa que habían traído.

En poco tiempo se quedaron dormidos hasta que mucho tiempo después despertaron y vieron que ya no estaban más en sus tierras sino que se hallaban al otro lado de las dos fronteras que tenían que cruzar. Se sorprendieron mucho y decidieron salir del vagón para ver cómo era su nuevo hogar, México, hasta que se dieron cuenta de que aún no habían llegado, ya que solamente habían dormido por dos horas.

Los días pasaron y llegaron a un lugar que no conocían. Ahí vieron a sus tíos; no los habían visto en muchísimo tiempo, pero al menos estaban seguros.

Pasó una semana y Manú y su hermana entraron a sus respectivas escuelas. Al inicio se sintieron

muy preocupados, ya que prácticamente se sentían fuera de lugar.

Uno de los primeros días que estuvieron en México conocieron a sus nuevos amigos: Emilio y Roberto. Manú iba con ellos a la escuela y ellos le ayudaron a adaptarse a su nueva vida. Sin embargo, no todo era color de rosa, pues había una pandilla de niños afuera de la escuela; eran cinco y se hacían llamar La verdadera ley. Ellos muchas veces molestaban a Manú, ya que al saber que era migrante y que estaba ahí viviendo con sus tíos lo empezaron a molestar; sin embargo, sus nuevos amigos siempre lo apoyaban.

Las molestias contra Manú crecieron cada día más; sus amigos no sabían qué hacer hasta que un día se encontraron con sus tíos y lograron decirles todo lo que pasaba, ya que Manú tenía miedo de que esto fuera más perjudicial para él. Cuando sus tíos se enteraron sobre lo que había pasado decidieron tomar acciones para evitarlo y fueron a hablar con el director de la escuela. Días más tarde, esos ni-

ños fueron castigados; sin embargo, esto no cambió nada. Un día aprovecharon que Manú estaba solo en la salida esperando a que su hermana pasara por él y planearon empujarlo, golpearlo y patearlo. Esos niños estaban muy enojados; cuando él estaba a punto de ser golpeado les preguntó:

—¿Por qué me hacen esto? ¿Es sólo porque soy de otro país y nada más, o es porque yo les hice algo alguna vez? Pregúntenselo. Si me dejan en paz, yo podré seguir sin que ustedes me molesten y ustedes no tendrán que preocuparse más por mí. Soy un niño de otro país que solamente quiere tener una vida normal como todos ustedes.

Marcos, el líder de la pandilla y quien estaba a punto de pegarle, se detuvo, pero no por lo que dijo Manú sino porque Emilio y Roberto llegaron. Roberto era bastante fuerte y corpulento. Dos miembros de la pandilla retrocedieron asustados; sin embargo, el resto no se detuvo y se fue encima de Manú y lo golpearon hasta que vieron que Emilio corrió a alertar a la Dirección de la escuela. Marcos se quedó solo

y como estaba superado en número decidió retirarse. Manú se hallaba en el piso con varios moretones; rápidamente sus amigos lo ayudaron a pararse y después decidieron acompañarlo a su casa.


Sus tíos pensaron que lo mejor era que él y su hermana no regresaran a la escuela porque podían ser víctimas de una venganza por parte de los chicos de la pandilla. Unos días después de que dejaron de ir a la escuela, la Dirección mandó una carta pidiendo que volvieran. Al principio los tíos rechazaron la propuesta, pero Manú se dio cuenta de que en el reverso había un párrafo que no habían leído: “Hemos juntado testimonios de los niños de la escuela. Todos dicen que alguna vez fueron agredidos por esta pandilla. Logramos identificar a los integrantes y desde ahora quedan oficialmente expulsados de la escuela”. Manú no estaba muy contento con esto, ya que se sentía culpable; sin embargo, sus tíos y su hermana lo hicieron sentir mejor:

—No te preocupes, esos niños no tenían derecho a lastimarte a ti, a tu hermana ni a ningún niño

o niña de tu escuela. Ellos tomaron muy malas decisiones; siempre tienes que buscar la mejor decisión que puedas —le dijo su tía.

Cuando Manú regresó a la escuela se encontró con que de pronto todos lo saludaban, lo abrazaban e incluso hubo dos niñas que le pidieron su autógrafo. Honestamente estaba muy sorprendido. No sabía qué estaba pasando hasta que les preguntó a Emilio y a Roberto qué sucedió esos días en que no fue a clases.

—Esa pandilla había amenazado a toda la escuela, y ahora que no están todo es más tranquilo —le dijo Roberto.

Más tarde, Manú se encontró con los de la pandilla en la calle, sólo que no estaba Marcos. Los demás le pidieron perdón, ya que se dieron cuenta de que seguir a Marcos sólo les había traído malos días. 



La esperanza de los refugiados • Aranza Hernández Salmerón

Dibujo ganador del tercer lugar en la categoría de 9 a 12 años

Un hijo de refugiados*

Nubia Preciosa Méndez Guerra, *Estrellita marinera*

Les contaré la historia del origen de un niño morenito, delgado y de mirada tranquila. Sus ojos eran grandes, de color verde; de cara redondita y manos grandes; su cabello era lacio, castaño claro, quemado por el sol. Tenía como ocho o siete años de edad cuando lo conocí, cursábamos juntos la escuela primaria y era uno de mis mejores

amigos. Su nombre era José Andrés. Vivía con sus padres en una pequeña casa en una de las colonias de las afueras de la ciudad de Saltillo, Coahuila.

Su mamá era una mujer sencilla, joven y bonita que no tenía padres ni hermanos; su nombre era Isabel. Ella había llegado a esta ciudad cuando apenas tenía 16 años. Venía huyendo del pequeño pueblo de Choluteca, en Honduras. Unos caciques habían asesinado a sus padres para arrebatarles sus tierras; eso era lo que decían, pero otras versiones contaban que la verdadera causa fue por diferencias religiosas.

Isabel estaba segura de que al quedarse a vivir ahí su vida seguiría en peligro; así que un buen día, con mucho más valor que ahorros, salió de la casa de sus familiares donde estaba resguardada. Su intención era llegar a Estados Unidos. Cruzó la frontera con Guatemala y caminó muchas horas en compañía de otros hondureños, guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses hasta llegar a Tapachula, Chiapas. Ahí conoció a José, quien más adelante

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 9 a 12 años.

sería su esposo. Eran como unos treinta centroamericanos que esperaban al tren que mal llamaban la Bestia.

Era la mañana de un martes 14 de enero cuando lograron trepar a la parte superior de los vagones del tren. Isabel era muy valiente, pero no era muy experta subiendo a trenes de carga en constante movimiento. Por fortuna José la ayudó y de pronto ya estaban rumbo al noreste de México.

Mientras la Bestia seguía avanzando, iban subiendo más buscadores de sueños y esperanzas: algunos niños, mujeres, adolescentes y jóvenes. Eran como tres centenares de almas persiguiendo al añorado futuro mejor. Algunos rostros sólo reflejaban miedo y angustia; el de Isabel era uno de ellos, pero José adivinó lo que estaba sintiendo y tomándole las manos le dijo: “no temas, yo te cuidaré”.

Cuando iban pasando por Saltillo intentaron subir más migrantes, pero esta vez la intención no era acompañarlos en el viaje. Comenzaron a atacarlos, tratando de quitarles el poco dinero que llevaban.

Durante el forcejeo con José Isabel intentó ayudarlo, pero desafortunadamente perdió el equilibrio y cayó. Una de las ruedas del tren le arrancó de tajo el pie izquierdo.

José saltó para ayudarla e inmediatamente pidió apoyo. La ambulancia de la Cruz Roja llegó y rápidamente la trasladaron al hospital de la ciudad. Isabel lloraba desconsolada por lo que le había ocurrido, pero más le preocupaba que no tenía documentos para estar en México.

La doctora que la atendió escuchó con atención y humanidad su situación y le prometió que la ayudaría. En la primera oportunidad pidió apoyo a través de las redes sociales para la niña hondureña que había caído del tren. Los medios de comunicación también hicieron su parte y pronto muchas personas acudieron al hospital a llevarle ropa, víveres, medicinas y dinero; hasta una bonita muñeca le regalaron a la niña del pie y el corazón rotos.

La doctora le había tomado mucho cariño a Isabel y le dijo que los apoyaría a ella y a José para ha-

cer todos los trámites en México y que con los datos que sabía de su historia les dieran los beneficios de refugiados.


El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados le donó una prótesis a Isabel, y una vez que la dieron de alta, ella y José se instalaron en la Casa del Refugiado. Como los dos habían interrumpido sus estudios, los apoyaron para que se inscribieran en una preparatoria; sin embargo, a pesar de que estaban recibiendo el apoyo que brinda México a los refugiados, José no estaba muy satisfecho, pues su plan era continuar el viaje hacia Estados Unidos. Isabel le comentaba que era preferible quedarse como refugiados que seguir arriesgando la vida al intentar cruzar una frontera más. Con su limitación física por el accidente que había sufrido le resultaba complicado acompañarlo en el viaje.

Por fortuna, Isabel era muy buena para bordar y tejer. Pronto comenzó a hacer manteles y otras artesanías bordadas que se vendían a través de la Casa del Refugiado. Con lo que ganaba de las ventas

cubría los gastos de sus necesidades básicas y hasta le sobraba para guardar algunos ahorros. José, por su parte, consiguió emplearse como dependiente en una farmacia. Llevaban una vida tranquila y en paz.

Pasó el tiempo y un día José le dijo a Isabel que no esperaba más, que se iría a Estados Unidos porque en Saltillo no se encontraba contento. Le propuso que antes de irse se casaran y en cuanto se estabilizara mandaría por ella. Isabel lloró mucho y le pidió que no la dejara, pero todo fue inútil; él no la escuchó y simplemente se fue. Transcurrieron algunos meses sin que tuviera ninguna noticia de él. Ella continuaba haciendo sus artesanías, bordando manteles y también sus sueños. Seguía yendo a la escuela y vendiendo sus productos.

Cierta tarde, cuando regresaba de sus clases, Isabel encontró a José en la casa. Se abrazaron emocionados y él le contó llorando que no había podido cruzar la frontera, que lo había intentado muchas veces, pero que a pesar de que no deseaba darse por vencido decidió regresar al hogar que le

había brindado la Casa del Refugiado en México. Le dijo que se pondrían a trabajar mucho para construir su propia casita y hacer vida en este país que con calidez y solidaridad les había dado protección y apoyo. Dos años más tarde nació José Andrés, el niño morenito de mirada tranquila. Así fue como inició la historia de un hijo de dos refugiados centroamericanos que encontraron un buen hogar en tierras mexicanas. 

En mi casa



En mi escuela



Otros lugares



Respeto entre todos • Diana Itzel Bautista Gil • Mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

Si la vida fuera más fácil*

Iker Ocampo Servín, *Reki*

Cuando llegué a mi casa, mis papás me hicieron las dos preguntas de siempre:

—¿Qué tal la escuela? ¿Pasó algo interesante?
—a lo que yo contesté como siempre, casi en automático:

—Me fue bien —pero la verdad es que había sucedido algo que me impactó y no lo pude ocultar.

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 9 a 12 años.

—¿Qué te pasa? —me preguntaron mis papás.

—Se los digo cuando comamos —contesté. Primero quería sentarme. Ya en la mesa les dije lo que había ocurrido en la escuela.

”Hoy en el salón la maestra nos habló sobre los refugiados, pero al parecer pocos compañeros saben de ellos, incluyéndome. La maestra nos preguntó si alguno de nosotros sabía sobre las personas que piden refugio en otro país distinto del suyo. Nadie contestó. Uno de mis compañeros levantó la mano y dijo muy serio:

”—Yo soy un refugiado —todo el salón se quedó boquiabierto. Nadie lo sabía, ni yo que lo conocía desde primer grado. Joseth es como yo. Su piel es un poco oscura, pero no tanto; es flaco y de cabello negro y habla un poco raro, como cortando las palabras rapidito, pero nada del otro mundo.

”Él me dijo un día que era de Honduras, pero no sabía cómo había llegado a la Ciudad de México. Nunca me lo pregunté y él no nos dijo nada, hasta hoy.

”La maestra le preguntó si podía contarnos cómo había sido su viaje. Dijo que sí.

”Nos contó que en Honduras sus papás trabajaban muy duro. Vivían en una casa no muy grande. Toda la familia vivía en el mismo lugar, incluyendo a sus abuelos. Tenía dos hermanos mayores y una hermana menor.

”Sus papás eran agricultores, sembraban la tierra y llevaban su cosecha al pequeño restaurante de sus abuelos. Todos se repartían las ganancias. El lugar era muy bueno, por lo que ganaban dinero suficiente para poder mantenerse todos.

”Nos contó que un día a su hermano mayor, Ja-reth, de 17 años, los pandilleros le pidieron que se les uniera, pero él se negó porque no quería ser criminal. Entonces, con lágrimas en los ojos, Joseth nos dijo que los pandilleros empezaron a perseguir a su hermano todos los días.

”Un día, para huir de ellos, su hermano se echó a correr hacia una avenida y ¡zaz!, un camión lo atropelló. Lo llevaron al hospital pero poco tiempo des-

pués murió. Por eso él y su familia habían decidido abandonar el país, pues no querían que eso les pasara también al resto de los hermanos.

”Nos dijo que su familia decidió emprender el viaje. Dejaron todo atrás, pero iban juntos. Hicieron todo el recorrido a pie y pidiendo aventones; también tuvieron que cruzar las fronteras de forma ilegal y en varios lugares los habían discriminado por ser de otro país y por no tener dinero. No los dejaban quedarse a dormir en cualquier lugar ni usar los baños. Les hablaban mal o los ignoraban.

”En algunos poblados ni siquiera los dejaron quedarse y tuvieron que seguir caminando o dormir en la calle. No tenían casa y siempre estaban hambrientos y con sed. No se podían bañar todos los días ni cambiarse de ropa. Así pasaron varias semanas.

”Entraron a México; su objetivo era llegar a Estados Unidos, pero como ya estaban tan cansados y el camino era tan difícil se quedaron en la capital.

”Dijo que su familia fue a pedir alojamiento al gobierno y que después de un largo proceso se los

dieron. Sus abuelos y sus papás pusieron otro negocio de comida aún mejor que el anterior, por lo tanto tuvieron dinero suficiente para dejar de vivir en el albergue y rentar una casa para empezar una vida normal otra vez.

”Nos dijo que llevaba ya cuatro años fuera de su país y que aún extrañaba a su hermano y a su tierra, pero que al menos aquí podían estar juntos y sin temor.

”En cuanto terminó su relato todos queríamos hacer algo para ayudar. Pensamos en hacer una campaña para ayudar a la gente en esta situación. Al final acordamos que buscaríamos enviarles cartas a niños y niñas de otros países. Queríamos saber todo de ellos: cómo vivían, qué juguetes les gustaban, cómo era su escuela y qué soñaban. Nosotros les contaríamos también. A lo mejor un día podríamos conocernos y entender todo mejor. La maestra dijo que nos ayudaría”.

Cuando terminé de contar lo que pasó mis papás también se quedaron boquiabiertos y me

preguntaron cómo se llamaba el restaurante de mi amigo.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para poder comer ahí —dijeron a coro.

—Se llama Si la vida fuera más fácil —contesté. 

¡Bienvenida!

esta es
una niña
de otro
país
por eso
quiero
ayudarla

si claro

res
penten
la



niña

no me
voy a
juntar con
ella

si
claro
si es
fácil

si
L muy

imagine
la niña
nuevo se
puede
ayudar
de n



Una niña nueva • Dulce Violeta Pacheco Méndez • Mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

Dulce
Violeta

Niños migrantes*

Darío Damián Torres Vázquez

Hola! Me llamo Bennett y soy de Honduras. Les quiero contar mi historia de cómo llegué a México.

Yo tenía 12 años; en ese entonces vivía con mi madre, mi padre y mi hermana. Nuestra comunidad era tranquila, todos nos ayudábamos. Yo iba en sexto de primaria y mi hermana en segundo.

Un día se me acercó una persona, yo no estaba seguro en ese entonces de quién era. Me dijo que si podía vender un polvito blanco a escondidas a mis amigos. Yo le dije que por qué, que yo no quería. Yo sabía que ese polvo era droga, yo tenía una educación buena y no tenía una razón para vender algo así. Él se enojó, se encogió de hombros y se fue. Yo pensé que ahí se acababa todo, pero me equivocaba.

Cuando llegué a mi casa vi la puerta abierta y me asusté. Al entrar escuché a mi mamá y a mi hermana llorando y vi que estaban encerradas en el cuarto de mi mamá. Les pregunté:

—¿Qué pasó?!

Muy tristemente mi mamá me contestó:

—El amigo de tu papá vino y se lo llevó; sólo quería que vendiera droga!

En ese momento me percaté de que era la misma persona que me había ofrecido vender el polvo blanco. Entonces mi madre nos dijo a mi hermana y a mí que tendríamos que irnos del país porque nos

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

podría pasar lo mismo. Mi hermana y yo sentimos mucho dolor, pero al final teníamos que hacerlo.

Cuando estábamos en el tren la despedida fue muy dura, pues tuvimos que dejar a nuestra madre y nuestro hogar para estar seguros. Viajamos muchos días y de muchas formas, el trayecto fue muy largo y difícil. No conocíamos a nadie y muchas veces tuvimos que trabajar y pedir dinero para comer.

Al llegar a la Ciudad de México nos encontramos con un señor a quien le contamos nuestra historia. Entonces nos dijo que nos podía ayudar, dijo que fuéramos a un centro de ayuda para los migrantes, que él nos iba a acompañar. Al llegar ahí nos despedimos de esa persona que nos había ayudado mucho.

Entramos al centro y le explicamos a la persona que nos atendió que tuvimos que irnos de nuestro país. Al principio nos dijo que nos quedaríamos ahí e iría a ver lo que podía hacer con nosotros. También le pedimos que si podía llamarle a nuestra madre y dijo que sí, que haría lo posible por contactarla.

Después de varios meses lograron traer a nuestra madre, pero tristemente ella nunca pudo encontrar a nuestro padre. En México nos dieron un lugar donde vivir y comenzamos a ir a la escuela. Nuestra madre obtuvo un buen trabajo y ahora vivimos muy bien en nuestro nuevo hogar. Todos estamos contentos: los del centro, nuestra madre, mi hermana y yo. Al final gracias al centro de ayuda a los migrantes tuvimos la oportunidad de rehacer nuestras vidas.

Fin. 



Esperanza y sueños • Sofía Victoria Rodríguez Pérez • Mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

La ciudad errante*

Carlos Alfredo Vela Ruiz, *Cuauhcoatl*

Esta ciudad es donde vive la gente errante, un lugar demasiado raro donde los burros se convierten en cebras y pasean por las calles. Tiene una esfera gigante y un arco de metal en medio la ciudad, además de un cerro de colores.

Los errantes vienen de todas partes del planeta, unos buscando aventuras o trabajo y otros sólo llegan por error o van hacia el otro lado. Todos ellos

son diferentes: unos grandes y otros pequeños, de todos colores; cada errante es único, es diferente.

Los habitantes de la ciudad se han acostumbrado al transitar de los errantes; se les sirve comida, se les da techo y trabajo para que tengan dinero para irse y seguir su camino, para comer o buscar casa, lo que necesiten.

Un día llegó un grupo enorme de viajeros: altos, flacos, muy serios, de color muy oscuro y hablando varios idiomas. Dejaron su país, un país pobre, sin trabajo ni dinero, casi devastado. Antes de llegar a Ciudad Errante habían viajado a la Ciudad del Fútbol para ayudar a montar una gran olimpiada. Terminada la famosa olimpiada se acabó también su estancia y empezaron su camino al norte, buscando mejor vida. Es gente trabajadora, nunca dicen que no a un trabajo; no hay duda de eso porque viajaron muchos kilómetros para llegar a la esquina de otro país.

Los habitantes de Ciudad Errante vieron que los que llegaron necesitaban ayuda, así que se organizaron grupos de apoyo para atender a los pobres

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 13 a 17 años.

viajeros. Las personas que iban llegando con piel oscura, muy oscura, no tenían en realidad intención de quedarse, estaban de paso; sólo llegaron a la puerta de la esperanza y ahí se quedaron, esperando permisos prometidos. Primero fueron unos pocos los que arribaron, luego cientos y luego miles. Pasaron los días, las semanas, los meses y ellos no pudieron irse, cerraron la puerta de la esperanza. Los lugareños empezaron a sentirse inquietos, los extranjeros se quedaron más tiempo del programado. Si algún ciudadano en voz alta comentaba que sería un problema, era tachado de racista, señalado y criticado, no era civilizado.

Aunque a Ciudad Errante llegan muchas personas de todos lados, esta vez no era lo mismo. Los establecidos están acostumbrados al inglés, al español, inclusive al coreano, japonés y chino, pero no a miles de gentes amontonadas afuera de una puerta cerrada y hablando francés.

Los errantes que sólo venían de paso a tocar una puerta que les prometieron que sería abierta empe-

zaron a vivir en la ciudad de manera permanente, era inevitable. El país al otro lado cerró la puerta de entrada y abrió la puerta de salida. El presidente color naranja del otro lado de la puerta dijo que no aceptaría gente de otros lugares y que sacaría a todos los que no debían vivir en ese país, así que la ciudad recibió a los expulsados. Todo ya ha cambiado, Ciudad Errante es ahora un gran refugio.

Los expulsados son menos bien recibidos que los errantes, los ciudadanos que piensan en problemas a veces tienen razón; entre los expulsados, los delirantes y los errantes las calles están llenas. Por las avenidas se ve a gente de piel oscura hablando español con acento extranjero vendiendo dulces, cuidando carros y sirviendo mesas. Y se ve a gente expulsada hablando más inglés que español y llorando por su vida separada; sin familia, sin papeles y sin trabajo. No son nada en Ciudad Errante, antes eran personas allá al otro lado de la puerta de la esperanza; ellos cruzaron la puerta hacia la desesperanza. Los resentidos ven con desdén a los expulsados, porque es

seguro que se creían superiores cuando vivían en el otro país con sus casas y sus carros. Con los errantes es diferente; ellos sí tienen papeles que el gobierno les dio y se les ayuda porque no son de aquí cerca y están desamparados. Eso es ser buena gente y se ve bien ayudar.

Los errantes tuvieron que acostumbrarse al clima. Aquí hace frío, calor, llueve y hay vientos fuertes en un solo día; en el lugar de donde vienen los errantes sólo hace calor. Ahí entre dos países conocieron las chamarras y las cobijas.

Las gentes de piel muy oscura aprendieron pronto el español y se les ve ya casi por todas las colonias; siguen siendo tan extraños que todavía hay niños que piden sacarse fotos con ellos como si fueran artistas de cine. No lo dicen, pero quieren la foto con un fenómeno; no han notado que el errante de piel muy oscura es como cualquier persona, sólo que nació en otro país.

Los exigentes dicen que los extranjeros no tienen derecho a vivir aquí, que los establecidos son prio-

ridad; alegan que roban el trabajo y la comida. Los preocupados reclaman el poco espacio de la ciudad. Los justicieros exigen la misma atención para los expulsados que son buscados por criminales para que sus penas sean diluidas en drogas, un peligro porque por droga roban y hasta podrían matar. Los piadosos exigen la misma humanidad para los pobres perdidos en delirios demenciales que recorren las calles hablando solos, en harapos, y por los que nadie se preocupa, pero que son ciudadanos. Los delirantes viven con indiferencia de muchos años.

La ciudad se dividió en opiniones, todo por los viajantes de piel muy oscura que llegaron por miles. La tranquilidad de todos los establecidos de Ciudad Errante empieza a esfumarse. La ignorancia sólo genera prejuicios y los prejuicios generan odio y el odio arrebató la tranquilidad; todo el mundo sabe que la intranquilidad en los barrios es por otras cosas que se publican diariamente en los periódicos, pero los quejumbrosos siempre buscan más culpables.


Cuando todo parece perdido, siempre existen las voces de la razón. Los conscientes trajeron la memoria de “los olvidados”. La pregunta se hizo lógica: ¿quiénes son los olvidados? La gente siempre olvida de dónde viene y hacia dónde va.

La ciudad se fundó gracias a los viajeros perdidos o extranjeros también errantes de otros tiempos que prefirieron vivir en un lugar completamente nuevo, cambiando su destino, y fueron pasando al olvido; de pioneros pasaron a ser olvidados.

La ciudad nació gracias a ellos; es hija de pioneros, de errantes que fueron acogidos por una tierra lejana con puerta a otro país. Unos llegaron con la esperanza de entrar por esa puerta; al final se quedaron y fundaron primero un rancho famoso que se transformó en pueblo y luego se llamó ciudad. Tiene empresas de otros países que generan trabajo. En la calle siempre hay visitantes de piel muy clara o casi amarilla, oscura o roja. Cerca de la playa viven los señores de edad avanzada que no dejan de ver el mar descansando de tanto trabajar en el otro país;

también vienen y se quedan a vivir gentes del sur. Ciudad Errante es una ciudad de brazos abiertos y generosa; finalmente los establecidos han aprendido a convivir y crecer con lo nuevo. Lo nuevo se convierte en viejo al paso del tiempo; los olvidados son recuerdo presente en los establecidos.

Ciudad Errante es una ciudad entre montañas, tierra seca y mar junto a una puerta que lleva al sueño de mejor vida; cuando ésta se cierra no se acaba la historia, se crea una nueva. Así como los errantes de piel oscura llegaron, llegan cada día los expulsados o los sureños; siguen los delirantes en las calles. Es visitada por mucha gente, los establecidos van y vienen. Ciudad Errante recibe a todos y aprende de todos. Ciudad Errante también es esperanza, es una ciudad mágica que cumple sueños y a veces vive pesadillas.

Ciudad Errante es la acogedora, la maternal, la dulce, pero desea que se diga muy despacito y quedito su nombre verdadero: Tijuana. 



Rostro de dolor y esperanza • Fabiana Echavarría Rodríguez

Dibujo ganador del primer lugar en la categoría de 13 a 17 años.

En México no hay muros*

Kensi Azucena Méndez Guerra, *Flor de mayo*

Soy Omari. Nací y crecí en Isiro, capital de la provincia del Alto Uele, en la República Democrática del Congo, un lugar que para mí es de lo más hermoso. Tiene paisajes increíbles que adoro admirar a cualquier hora. La gente que me rodea siempre tiene amplias sonrisas en el rostro, hacen que me sienta muy feliz siempre en mi *maison*. *Mai-*

son significa *hogar* en francés, que es el idioma oficial de mi país; a veces también conversamos en lingala, que es una lengua nativa que la mayoría de la gente de mi pueblo habla.

Yo soy un chico alto. A pesar de tener 16 años mi estatura es muy elevada, tanto que ya casi alcanzo a mi papá, y eso que él también es un hombre bastante alto. Soy muy delgado, mis brazos y mis piernas son largos; mis ojos, grandes y redondos; mis labios, gruesos; y mi cabello es negro, rizado y muy corto.

Mi padre es un hombre amoroso, juega conmigo y mis hermanos cuando descansa del trabajo y se asegura de que siempre estemos contentos. Mi madre es una mujer muy inteligente y sabia, la admiro porque persistentemente me da consejos y me enseña sobre cómo ser una persona amable, educada y atenta. Además, cocina delicioso. ¡Me gusta mucho ayudarla y aprender de sus recetas!

Mis hermanos menores se llaman Lisa y Samir, tienen 10 años y son gemelos. Gracias a ellos nues-

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 13 a 17 años.

tra familia es muy conocida en el pueblo, ya que dar a luz a mellizos se considera una bendición en nuestra religión, aunque son muy traviesos y juguetones. Lisa tiene la cara redonda como sus ojos, labios delicados y nariz fina; lleva su cabello espeso siempre en trencitas que ella misma se hace. Samir tiene los ojos tan redondos y grandes como la luna, es un poco más alto que Lisa y tiene el cabello tan corto como el mío. Les encanta que antes de dormir les cuente una de las historias que escribo en mis ratos libres. Son historias que me fascina imaginar; habitualmente hablan de mí como un explorador que descubre tierras misteriosas. Mi mamá las lee tan emocionada que asegura que algún día podré publicar un libro con todos los cuentos que he escrito desde niño.

Mi familia es el mejor regalo que me ha dado la vida, es muy importante para mí. Somos estrechamente unidos y cuando alguien tiene un problema, los demás lo apoyamos hasta que pueda resolverse. Es por eso que los aprecio tanto.

Estudio primer año de preparatoria y en el futuro me gustaría cursar una carrera como medicina o arquitectura, pero aquí no hay tantos recursos y no me agradaría irme a estudiar lejos, ya que yo cuido de mi familia cuando mi padre trabaja; sin embargo, lo que más deseo es tener un buen empleo para poder sacar adelante a mi familia.

Las cosas en Isiro no están del todo bien. No creía que pasara algo tan grave cuando surgieron pequeños movimientos rebeldes en contra del gobierno; eran sólo pequeños enfrentamientos armados y algunos tiroteos, pero con el tiempo todo se puso peor. Tal vez ignoraba que había guerrillas, o más bien pretendía que lo hacía para no alarmar a mi familia, pero la verdad es que tengo mucho miedo de salir de mi casa debido a los combates, la violencia, la persecución y los abusos contra los derechos humanos que están ocurriendo. He oído decir que se están cometiendo torturas, asaltos, trabajos forzados, extorsiones y destrucción de propiedades.

Mi padre está aterrado de que nos recluten a mi hermano y a mí para ir a las guerras, aunque seamos menores de edad. Simplemente siento pavor de lo que nos pueda pasar, que destruyan nuestra casa y que nos arrebaten lo máspreciado que tenemos, que es nuestra familia y nuestro hogar.

El susto que esto le provocaba a mis padres los llevó a tomar una gran decisión: abandonar el país para refugiarnos en otro. Al principio no lo podía creer, o más bien no quería creerlo, ¿Cómo iba a dejar el lugar donde crecí, donde generé los recuerdos más felices que tengo? ¿Qué iba a hacer yo en otro país cuando aquí es adonde pertenezco? ¿Cómo me iba a comunicar si sólo sé hablar francés y lingala? En un momento de pánico todas estas preguntas comenzaron a rondar mi cabeza. ¡Yo no quería dejarlo todo: escuela, casa, amigos...! Pero entonces recordé la situación tan difícil que estaba pasando mi país y puse en orden mis prioridades: lo que más deseaba era la seguridad, mi bienestar y el de mi familia, y si eso implicaba adaptarme a un nuevo es-

tilo de vida, a una nueva casa y comenzar de nuevo, estaría dispuesto a eso y más. Así se los hice saber a mis padres, respaldando su decisión de marcharnos.

Les pregunté a dónde nos iríamos y la respuesta me sorprendió mucho: México. ¿México? En la secundaria aprendí dónde se ubica y a qué continente pertenece, es todo. Estaba algo confundido, no sabía muy bien qué idiomas hablan allá o qué es lo que comen, si las personas nos tratarán bien o de qué manera vamos a vivir. Estaba algo nervioso por nuestro cambio, pero era mejor que vivir con miedo, con terror y pánico en mi propia casa.

Llegó el día de despedirme de lo que alguna vez fue mi hogar, empaqué sólo lo necesario como nos recomendó mi madre cuando vio que Lisa y Samir querían llevarse todos y cada uno de sus juguetes. Una sensación de tristeza invadió mi cuerpo al elegir las pertenencias que me quería llevar a mi nueva vida. Entre todas mis cosas hay algunas que son más y otras a las que siento que no correspondo; todas me recordaban mis momentos felices antes de los com-

bates, antes de la violencia, antes de que me arrebatara mi país un grupo de rebeldes sin piedad. ¿Qué culpa tenía yo? ¿Qué les habíamos hecho para que se vengaran de esta forma? ¿Por qué mi familia tenía que huir de su país? Me dije: “mi vida no cabe en cajas de cartón porque está ahí afuera”.

Mis padres apenas tenían el dinero suficiente para pagar los boletos de avión hacia México, el cual obtuvieron con la venta de los objetos que no podríamos llevarnos.

Era la primera vez que viajaba en avión y me resultaba triste, ya que era para salir de mi hogar y tal vez nunca volver. Fue un viaje bastante largo, como de 17 horas; al mirar por la ventanilla lo único que veía era agua, sólo agua, ¡era el océano Atlántico! Lo recordaba por mis clases de geografía en Isiro. Durante la mayor parte del vuelo Lisa y Samir se la pasaron jugueteando y riendo por ahí; me gustaba mucho su actitud ante este cambio.

Llegamos a México y estábamos bien, nos sentíamos bien; al fin podíamos respirar. Pero... ¿Dónde

íbamos a vivir? ¿De dónde sacaríamos el dinero para comer? ¿Mis hermanos y yo seguiríamos estudiando? Intentaba no preocuparme, pero era imposible mientras no tuviéramos nada aquí en México.

A lo lejos vi a mi padre hablando con un hombre, alguien a quien había visto en el avión, él también venía de Isiro a México, su plática se veía tan profunda y seria que me preguntaba de qué estarían hablando.

Tiempo después llegó mi padre con una amplia sonrisa. Nos presentó al hombre que estaba a su lado; se llamaba Yamal, es como de su misma edad y se miraba tan alegre como él. Nos explicó que sabía hablar español y vino a México como refugiado, y que aquí teníamos derechos. ¿Derechos? ¿Nosotros podíamos tener derechos en un país al que no pertenecíamos? Dijo que tenemos derecho a no ser devueltos a nuestro país, a que no nos impongan una sanción por haber entrado ilegalmente en el territorio, a tener un intérprete –ya que no sabemos hablar español– y a no ser discriminados. Yo estaba sor-

prendido, ¡podríamos vivir como personas normales! Sin miedo, sin ser rechazados o excluidos.

Junto con Yamal fuimos a un centro de asilo para refugiados donde había personas de distintos países y en la misma situación que nosotros. Al escuchar sus historias me sentí horrorizado: niños huérfanos que habían perdido a toda su familia debido a los conflictos bélicos. Ahí comprendí que lo que habíamos vivido no se comparaba con lo que les había pasado a los demás refugiados.

Nos dieron comida, ropa y un lugar para dormir, pero aún no me sentía en casa. Las personas encargadas de protegernos ya habían conseguido trabajo para mis padres, una escuela primaria para Lisa y Samir y una preparatoria para mí. Estaba feliz de poder volver a tomar clases, ya que la educación también es uno de mis derechos como refugiado, y quizá aquí sí pueda estudiar la carrera que quiero.

El primer día de clases en México me aterraba demasiado, creía que todos me mirarían raro y no haría ningún amigo. La maestra me presentó a mis

compañeros de clase, les explicó que yo venía de la República Democrática del Congo y todos se portaron muy amables conmigo. Les dijo que no sabía hablar español y la chica que estaba delante de mí se ofreció a enseñarme y me dirigió una cálida sonrisa. Su cabello era largo, lacio, castaño y usaba unas gafas enormes. Me dijo su nombre: Alicia. Con su ayuda y la de Yamal aprenderíamos muy rápido. Aunque Alicia se reía muchísimo de cómo pronunciaba las palabras, me corregía siempre y yo no podía estar más agradecido.

Las clases aquí son muy diferentes, pero intento esforzarme para que no sean complicadas. Soy muy estudioso y hago todas mis tareas, ya que es muy importante mi excelencia académica. Hice amigos muy rápido y frecuentemente vamos a una cancha que está cerca de la escuela y jugamos fútbol.

Los meses fueron pasando, mi familia y yo nos sentíamos contentos. Mis padres iban ahorrando el dinero de sus trabajos para comprar una casa,

aunque estábamos bien en el asilo. Todos hacíamos amigos y yo la pasaba bien en la escuela.


Sin embargo, a veces me preguntaba qué había pasado en Isiro. ¿La guerra ya habría concluido? ¿Acaso los rebeldes decidieron dejar de incitar a la violencia? ¿Tuvieron piedad de los que eran inocentes? La guerra es la más grande catástrofe que azota a la humanidad; destruye naciones, familias, vidas, sueños y esperanzas. Es el peor de los males. Me siento triste por todas las personas sin culpa que se quedaron a soportar los abusos, las torturas, el terror...

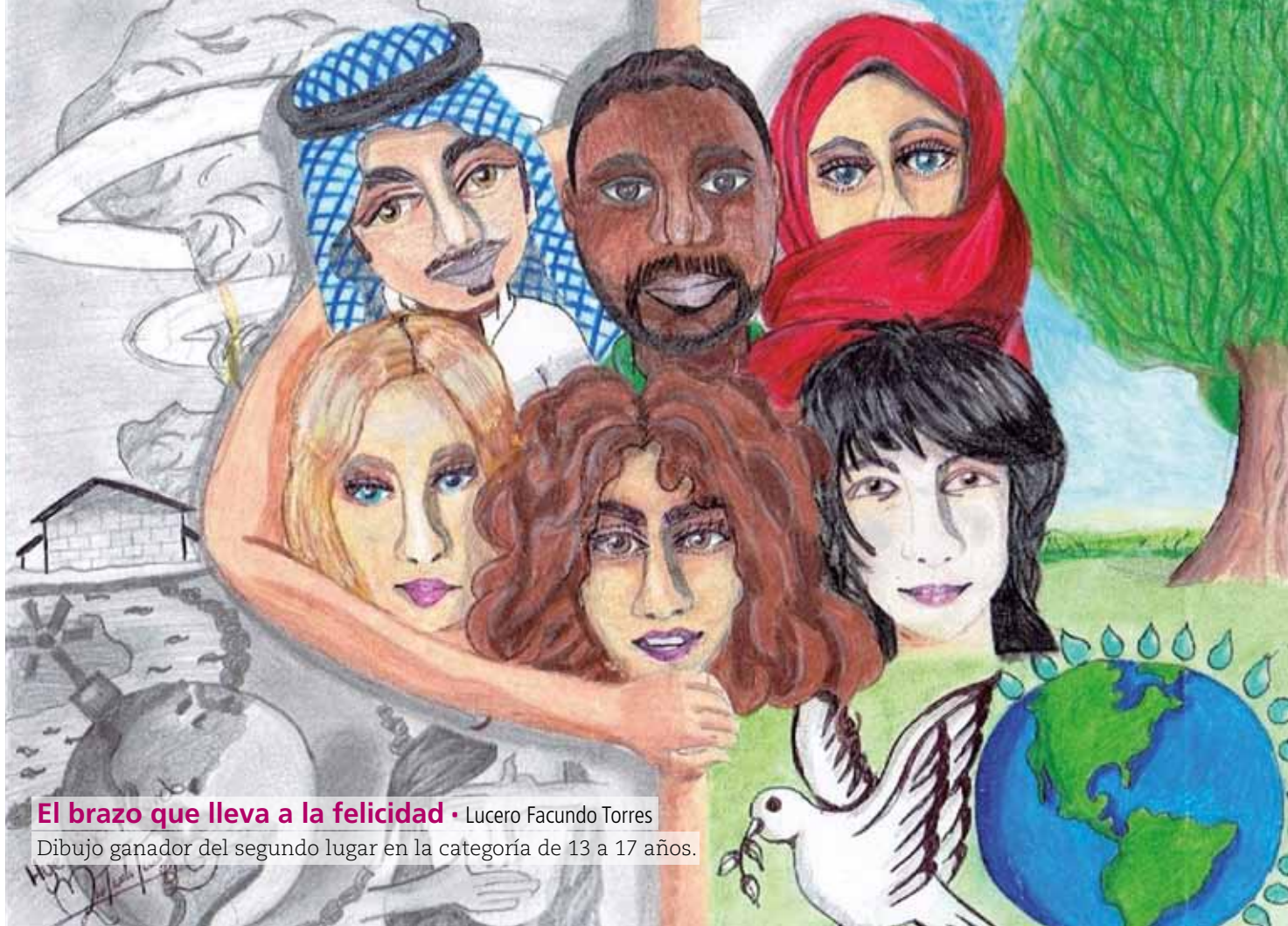
Ser un refugiado no es ser un cobarde, es mejor que tolerar la persecución y el terrorismo en tu propio hogar. Miro atrás y me siento orgulloso de mi decisión de venir a México, porque he podido llevar a cabo una buena educación y con mi familia aquí estoy tranquilo.

Ya tengo 18 años y voy a estudiar medicina en una importante universidad. Mis padres al fin tienen la casa que tanto deseaban; muy a menudo hacemos

fiestas para la familia, amigos y vecinos. ¡Hemos hecho muchos! En ellas les compartimos algunos de los platillos típicos de Isiro y nuestros cuentos tradicionales. Lisa y Samir están a punto de entrar en la secundaria y sacan muy buenas calificaciones. Alicia es mi mejor amiga y va a estudiar la misma carrera que yo. Ahora mi español es muy bueno gracias a ella; para corresponderle, le enseño lingala.

La nostalgia de mi casa en el Congo aún la conservo, pero México es mi nuevo hogar. Podemos salir a pasear sin miedo de que haya un ataque, podemos estar tranquilos justo como estábamos antes de las guerras en Isiro, y puedo decir que la mejor decisión que he tomado hasta ahora fue la de venir a México.

Quiero mucho a este país, ¡lo adoro!: su cultura, gastronomía, paisajes y toda la gente a mi alrededor. No he tenido noticias de lo que ha pasado en Isiro durante meses, pero no me preocupa tanto porque aquí soy muy feliz en mi *maison*. 



El brazo que lleva a la felicidad • Lucero Facundo Torres

Dibujo ganador del segundo lugar en la categoría de 13 a 17 años.

El camino difícil a la esperanza*

Gerardo Ramírez Chávez, *la Canica*

Bienvenido hijo mío, no esperaba verte tan rápido. ¿Cuántos años han pasado desde que te visité para llevarme a tu hermana?, ¿cinco o seis años? ¡Je je! Parecen recuerdos de una era anterior.

¿Qué? ¿Qué no me reconoces? Bueno, ya sé que debería perder peso, pero según yo ya estoy en los huesos, ¡je je! Ya veo, no te culpo, casi nunca me re-

conocen, creo que al despegarte del cuerpo terrenal se te va el avión.

Bueno, permíteme presentarme. Los mböhö¹ me llaman *la Canica*, vivo donde no hay más que mi existencia y mis hijos; no hay color ni sonido. ¡Bienvenido! Siéntete como en casa.

Soy, digámoslo, una pepenadora; pero no como cualquier pepenadora. Los pepenadores terrenales buscan entre la basura para intentar encontrar algo de comer. No, yo no soy así. Yo busco entre bosques de almas pérdidas intentando encontrar almas bondadosas que puedo salvar y añadir a mi familia. Para hacerlo corto sus raíces que los conectan con el mundo de los mböhö y los separo de la maleza para plantarlos en pacíficas chinampas como en la que nos encontramos. Eventualmente las almas crecen como si fuesen retoños de árboles, se hacen niñas y niños llenos de luz. Tal como tú,

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 13 a 17 años.

¹ Para referencia, *mböhö* significa *humano* en lengua otomí.

estas almas son mis hijos y mi compañía. Yo los crío y les enseño cosas que no pudieron tener por obstáculos puestos por los mismos mböhö.

¿Qué? ¿No lo recuerdas? Bueno, ya ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Te encontré en Tamaulipas, estabas destrozado. El sufrimiento de ir desde tu ciudad natal para intentar atrapar la sombra de una esperanza muerta había sido demasiado fuerte para un indefenso niño como tú y terminaste tirado en los calurosos rieles del tren, aceptando de brazos abiertos el frío y yerto abrazo de la muerte, de mí.

¿Todavía no lo recuerdas? ¡Rayos! No creo poder dejarte con la duda, ¿verdad? Ponte cómodo, porque esto va para largo; y siéntate, porque puede que ya seas un niño grande pero tus piernas no están del todo curadas y necesitas descansar.

Tú vivías en Centroamérica –más específicamente en Honduras– con tu padre, tu madre y tu hermana. No tenían mucho pero vivían felizmente, hasta el día en el que todo se fue para abajo. De un día para

otro la situación en la que estaban no podía llamarse pobreza, estaban en la ruina; y en un intento por revivir el espectro de una vida pasada tu padre vio la posibilidad de irse a trabajar al extranjero y consideró a un país que parecía una mina de oro para el trabajo y mejorar su situación: México.

Meses después y con la desesperación encima, tu padre decidió ponerse en marcha hacia el norte. Las cosas estuvieron bien durante sus primeros años hasta que la desgracia cayó sobre la familia, porque el mismo año en que tu padre partió al norte tu hermana hizo lo propio pero al otro mundo, agarrada de la mano de una servidora, esto provocado por el poco dinero que tu padre podía darles. En serio, tu padre daba todo lo que él tenía trabajando como albañil, en serio los amaba. A pesar de esto, lo que tu padre ganaba no era suficiente y decidió que lo mejor era irse aún más al norte, a Estados Unidos, en un peligroso y misterioso viaje a bordo de un coloso de acero en forma de tren que lleva a los viajeros a buscar esperanza.

Después de un año por fin recibieron noticias de tu padre: había encontrado un destino mejor y deseaba con locura encontrarse contigo y tu madre para por fin volver a lo que eran antes de la crisis; sin embargo, ya no gozarían de la compañía de tu difunta hermana. Para ti volver a encontrarte con los restantes integrantes de tu familia te llenaba de una alegría inconmensurable, pero a pesar de ese entusiasmo que irradiabas tu madre, que no era la misma después de la partida de tu hermana, estaba inmóvil y pensativa, preguntándose cómo llegarían con tu padre. Tú, como inocente chico, jamás sospechaste de las adversidades de esta travesía, pero a la vez parecía que lo hacías y que estabas determinado a sobrellevarlas.

Unos años después, con el dinero necesario para ejecutar su odisea y con la moral en duda, tu madre y tú comenzaron el viaje hacia el reencuentro con tu padre. Después de cruzar Centroamérica en misteriosas camionetas de contrabando, exponiéndose a abusos y violaciones a su integridad, llegaron

hasta la frontera sur del Ombligo de la Luna. Ahí se les presentaba otra incógnita entre sollozos y jadeos cansados: ¿cómo atravesar 1964000 kilómetros sin ningún transporte y con dinero faltante?

Bueno, al final su respuesta se presentó en pistones y rieles: un tren llamado *la Bestia*. ¡Dios nos ayude! Ese tren ha traído a la mayoría de mis hijos y sellado varias de las vidas del bosque donde te... los encontré. Éste es el titán que te mencioné hace algunos momentos, el cual puede ser un viaje hacia a un futuro mejor o a una prolongación de una supestatamente olvidada persecución. Bueno, perdón por desviarme; ahora sí, a lo que nos truje.

Después de entrar escondiéndose en el tren, tu madre se percató de que no eran los únicos que estaban en busca de una vida mejor, de una nueva oportunidad para hacer las cosas bien o simplemente para reunirse con seres queridos que ya habían tomado la decisión de emprender el viaje anteriormente.

Justo cuando todos en el tren estaban recuperando su aliento después de haber sufrido tanto la

vida les tenía otra jugarreta, esta vez en forma de agentes migratorios: la corrupción por el poder en viva forma. Los agentes entraron con armas y brutalidad, algunos de los polizones fueron echados del tren y varios fueron robados de todas sus posesiones. Entre ellos estaba tu madre, fue echada del tren y despojada del poco dinero que tenía mientras que tú te quedabas desprotegido e indefenso a bordo de un tren hacia lo desconocido. Lloraste incontrolablemente mientras tu madre gritaba enjugándose las lágrimas y diciéndote que todo iba a estar bien, con mucha duda y desesperación cuando pronunciaba esas palabras.

Segundos después las puertas del vagón se cerraron y quedaste en la oscuridad, desconsolado, triste y abandonado, preguntándote por qué habías emprendido el viaje y dudando si era la mejor opción. En tu tristeza, fuiste acogido por una mujer cubana; tenía piel morena y seca, con una mirada muerta resaltada por ojeras negras como el hollín. A pesar de su apariencia yerta, la personalidad de


esta mujer era la más cálida que viste en tus primeros días en el vagón; ella se hizo cargo de tu cuidado durante el camino hacia el norte.

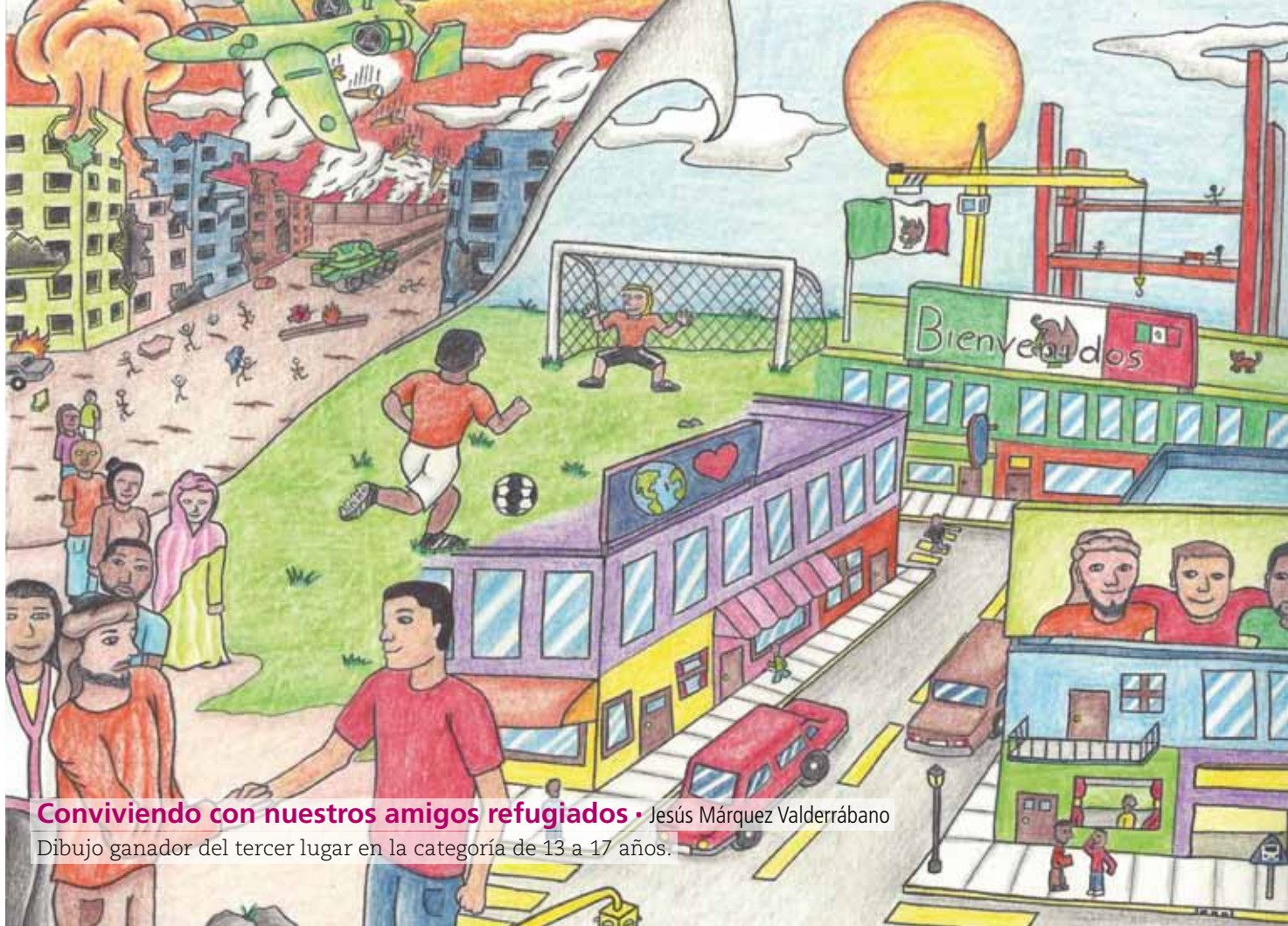
Durante la segunda semana de tu viaje pasaste por un lugar llamado Veracruz, donde fuiste arropado por 14 almas bondadosas que te llenaron de bendiciones en forma de comida y un hombro en el que apoyarte. Ver esto te esperanzó para seguir tu odisea y te recordó que aún había gente que goza de valores y empatía hacia otras personas que pasan por situaciones difíciles. Ellas no tenían ninguna obligación, pero incluso así ayudaban; gente como ellas mueve mi muerto corazón.

Hacia la tercera semana del viaje la mujer cubana había desaparecido misteriosamente. En tu inocente corazón no le diste importancia, pues a menudo no la encontrabas y al final siempre aparecía en el vagón; pero esta vez fue diferente, no estaba ahí. Estuviste buscándola pasando por los vagones. Mientras caminabas por el tambaleante tren parecía como si caminaras por los nueve círculos

del infierno, y mira que te lo digo yo que he estado ahí para tirar la maleza de almas corruptas de las que separo a mis hijos. El hacinamiento de algunos vagones era tal que era difícil moverse de un extremo al otro; esto se vio sobre todo en el último vagón, donde por asomarte en uno de los bordes fuiste empujado por algún distraído y caíste estrepitosamente en los rieles que destruyeron tus rodillas y tus brazos.

Al final terminaste de aspirar tu último aliento, despreciando tus decisiones pero a la vez agradeciendo y rezando por el bien de todos los bondadosos que te ayudaron; sobre todo te preguntabas por qué los humanos hacen tan difícil la situación para sus hermanos y no les extienden la mano para apoyarles.

Y así es como llegaste ahí. He de decir que me alegra haberte encontrado, has sufrido mucho y mereces descansar. ¿Qué? ¿Que cómo me llamo? Ya te lo había dicho, pero si quieres un nombre más universal también me llaman la Muerte. Ponte cómodo. 



Conviviendo con nuestros amigos refugiados • Jesús Márquez Valderrábano
Dibujo ganador del tercer lugar en la categoría de 13 a 17 años.

Un fantasma...*

Pedro Joaquín Dascalakis, *Sid Stardust*

El rugido de la bestia salvadora era lo último que yo escuchaba antes de dormir cada noche, cada noche después de la noche.

Era algún día perdido entre el 3 y el 21 de agosto cuando finalmente cruzamos México y estuvimos cerca de la gloria, del sueño americano. Mi padre me retuvo con sus grandes brazos cuando le parecía que había una misteriosa linterna cerca. En ese

momento podía sentir cada gota del sudor de mi padre y cómo la respiración de todos los del vagón se forzaba demasiado en no resonar. La linterna o lo que sea que haya sido se fue.

Nunca supimos si era algún oficial o sólo un reflejo, o quizá sólo una alucinación colectiva. El ambiente entero era muy pesado, una alucinación no sería muy sorprendente. Estábamos nerviosos porque queríamos paz y poder construir un presente que nos regale un futuro digno, cosa que en nuestro país de origen no podríamos conseguir.

Desperté en una cama bastante pequeña pero claramente mejor a las tablas de madera del tren. Estaba confundida. En la gran habitación habían más niñas, pero ni rastro de un adulto o, aún más importante, de mi padre. Corrí hacia la puerta y una mujer me detuvo. Traía una sonrisa en la cara, más falsa que aquellas historias del anciano; pero a diferencia de las historias, ella no tenía nada de simpatía, daba miedo. Me limité a preguntar por mi padre, pero la blanca anciana no tenía una mentira

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

que valiera la pena; sólo dijo que estaba haciendo unos trámites.

Han pasado 13 años y aún no sé qué le ha pasado a mi padre, y nada parece indicar que vaya a haber una respuesta. Diría que a él lo dejaron en México a su suerte, pero aún yo no puedo ir a buscarlo. Necesito conseguir más dinero antes y sé que irme a buscarlo a ciegas sin nada de dinero es lo contrario a lo que él quería para su hijita. Tengo un objetivo claro, pero no fácil de alcanzar. Desde que puedo he trabajado, y ahora estoy en una agencia pequeña de bienes raíces. Poco a poco me construyo una vida en este país; a pesar de las miradas con repudio por mi piel o por mis rasgos o por mi cultura he salido adelante.


Mi vida fue normal en comparación con lo que otros grupos estaban sufriendo, pero jamás fui respetada como lo eran los ciudadanos blancos. Jamás logré llegar al nivel de respeto que un hombre blanco heterosexual, pero no me fue mal en comparación con lo que otros vivían. Algunos eran

asesinados en la calle, discriminados por los ciudadanos, discriminados por los gobiernos. Jamás pasaría por mi cabeza que alguien llegara a hacerme eso; simplemente yo era una persona a la que iban a mirar feo, pero no a matar con la excusa de que soy *terrorista*. Simplemente tenía que seguir con mi trabajo para conseguir el dinero y llegar con papá. Nada más buscaba, pero si me respetaran el proceso sería aún más rápido.

Un día me pidieron hacer el turno nocturno, una empleada tenía a un familiar accidentado y debía ir a verlo. No me molestó, me darían paga extra y no era como si yo llegara a salir de fiesta o algo así. Cerré la tienda y caminé una cuadra. El semáforo me detuvo, hasta él sabía que no tenía prisa. Realmente no iba a hacer nada más que ver las noticias, cenar y dormir. Pude sentir la mano de alguien detrás de mí, grité brevemente pero nadie escuchó. Me acercó a un callejón y me tiró al suelo. Me golpeó en la cara varias veces. Podía notar el repudio que me tenía, sentía su odio a mi persona como si fueran gotas de

lluvia en mi cara; era simplemente imposible no notarlo. Lo vi sacar un reluciente objeto y antes de que notara qué era aquel brillante armatoste me había penetrado el estómago y sólo me quedaría morir sobre las bolsas de basura.

Nunca supe si me atacó por mi nacionalidad, por mi piel o por ser mujer; y lo único que queda es yacer como un alma sobre la gente, esperando a que un cambio ocurra y entendamos el valor de la vida.

Un fantasma soy y lo único que puedo hacer es esperar. 



Refugiados • Fernanda Carolina Bravo Anaya • Mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

Camino a la libertad. Esperanza, fuerza y valentía*

Itzel Mariana Vargas Contreras, *Lezti VC*

“Por muy larga que sea la tormenta, el sol siempre volverá a brillar”; la frase que te hace pensar que todo estará bien, una frase que ilumina a toda mi comunidad de esperanza por encontrar una mejor vida. Mi nombre es Lucy, soy una niña de 16 años nacida en el país de Honduras y ésta es mi historia.

Empezaremos ocho años atrás en la pequeña ciudad de San Pedro Sula, en Honduras. Recuerdo

una pequeña pocilga que hacía que te inundaras de terror y que te llenaras de una brisa helada que cubría todo el cuerpo, una pequeña habitación donde cuatro personas dormían en un colchón que rasgaba tu espalda, noches de disparos que te atormentaban, además de personas que gritaban y lloraban al mismo tiempo.

Un dolor profundo colmaba mi interior al ver las caras de mis padres llenas de miedo. Mi hermano mayor y yo éramos muy unidos, nos teníamos uno al otro; todavía recuerdo los momentos cuando nos gustaba jugar con una pequeña lata de cerveza y reíamos juntos al ver nuestras caras y cuerpos flácidos y sin fuerzas, pero sobre todo la esperanza tan grande que mi hermano siempre mostraba.

Pasaron tres años para que me diera cuenta de la situación que mi familia y yo vivíamos; sin embargo, ya me había acostumbrado. En ese tiempo descubrí el gran amor que mis padres sentían hacia nosotros, y todas las precauciones que tenían en ese momento para mantenernos lo más seguros posi-

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

ble, hasta que llegó el “terrible día”. Ese día mi padre sólo se rindió y dejó que todo lo malo invadiera su alma. Después de que la pandilla lo golpeó hasta casi matarlo, mi padre tomó una botella de alcohol, dos cigarrillos y salió por la puerta de lámina; lamentablemente fue la última vez que lo vimos.

Al día siguiente mi madre se levantó temprano al igual que mi hermano de 16 años y salieron de nuestra casa para buscar un trabajo, así que me quede sola, con la oscuridad y los ruidos escalofriantes que atormentaban mi cabeza. En ese instante me era imposible pensar lo peor, hasta que el atardecer llegó. Mi familia abrió la puerta y yo con una sonrisa que dibujaba mi rostro abracé a mi madre hasta el punto de casi lastimarla; mi madre me dirigió la mirada y con una voz que te iluminaba de confianza me dijo “¡jamás te dejaré!”. Ese día fue uno de los mejores recuerdos de mi vida.

Dos años después por fin podía ver un poco de esperanza en mi vida. Mi madre había tenido éxito en su trabajo como cocinera de un restaurante

de la zona y mi familia ahorró el dinero suficiente para comprar una casa que pudiera resguardarnos del frío. Mi hermano era mesero en el mismo restaurante; en mi mente todavía puedo ver esa linda muñeca que me regaló con el poco dinero que tenía.

Una de esas noches de verano mi madre y yo estábamos sentadas cuando escuchamos ese motor, se oía como el rugido de un león y esa música que atormentaba a toda la cuadra. Mi madre y yo apagamos la luz e intentamos no hacer ruido. Todavía escucho el estruendo que producía al tocar la puerta un hombre lleno de tatuajes y acompañado de muchos más igual a él; un ruido que te llena de terror y te deja sin aliento. Mi hermano se paró muy despacio con las manos sudorosas y abrió la puerta. Los hombres, sin un poco de amabilidad y llenos de furia en su interior, golpearon a mi hermano hasta dejarlo inconsciente. ¡Esas bestias inhumanas sin piedad a las que no les importaba nada! Aún se halla en mis recuerdos el momento más oscuro y horroroso de mi vida, el instante en que por más

que grites y pidas ayuda nadie podría ayudarte, ese tiempo en el que te encuentras en el infierno y sólo pides que todo acabe, momentos en que mi madre y yo perdíamos poco a poco las esperanzas y nuestra alma se llenaba de oscuridad y miedo. Cuando terminó todo, una última amenaza que los hombres nos dejaron muy clara es que regresarían en tres días por lo que le llaman *el impuesto de la guerra* y si no cumplíamos con esa cuota, los hombres nos llevarían a mi hermano y a mí, sin olvidar matar a mi madre.

Después de esas palabras que fueron como espadas que atravesaban nuestros corazones los pandilleros sólo se retiraron y lo último que escuchamos fue ese ruidoso motor. Esa noche no dormimos, el miedo nos invadió; nuestra vida se había vuelto a derrumbar.

Los tres sabíamos que nos era imposible pagar ese impuesto y que nadie nos ayudaría. Mi madre valientemente reunió toda la fuerza para dejar todo lo que habíamos conseguido aquí y sin dudarlos nos

dijo que huiríamos del país para encontrar un mejor lugar para vivir.

Al día siguiente mi madre nos dijo que iríamos hasta donde pudiéramos llegar; yo no estaba segura, pues eran muchos kilómetros de peligros y amenazas. Inmediatamente mi cuerpo se convirtió en una alarma sin botón de apagado; sabía que si aceptaba esta travesía podía perder lo poco que teníamos, además de ponernos en riesgo. Sabía que nuestro compañero fiel de este viaje sería el miedo, pero mi vida ya no era la misma, así que acepté. Mi hermano tomó mi mano y recuerdo claramente sus palabras: “toma lo necesario, nos iremos por la mañana”. Esa noche tomé dos mudas de ropa, corté mi cabello y me puse una vieja camisa de mi padre. Eran las 4:00 de la mañana; mi hermano tenía un mapa viejo y arrugado, y mi mamá traía un poco de alimento.

Salimos sin hacer ruido, era la primera vez que viajaría lejos de mi casa. Tomamos un camión para llegar a nuestra frontera; todo iba muy bien,

nos sentíamos libres y aliviados. Fueron dos meses atravesando caminos violentos para llegar a Guatemala. Conocimos varias personas; algunas buenas que como nosotros buscaban una esperanza en sus vidas y otras que sólo buscaban beneficiarse de los demás sin tener bondad.

Después de días de oscuridad, de noches violentas y días de caminos sin fin, mi familia y yo ya estábamos exhaustos de escondernos. Vimos entonces nuestra oportunidad: la frontera para cruzar a Guatemala estaba justo enfrente. Nosotros contábamos con el equivalente a 200 dólares para poder cruzar, pero mi hermano y yo sabíamos que teníamos que ser muy cautelosos y listos para evitar la mayoría de los peligros. Mi madre tenía que mostrar algunos papeles para que pudiéramos pasar. Minutos después, una inolvidable imagen se presentó al ver a mi mamá tirada en el suelo con las manos en la cabeza y tres hombre de la mara apuntándole con una pistola. Mi hermano me tapó la boca. Aún sigo escuchando el estruendo de la bala que atravesó la

cabeza de mi madre, mientras gritos de sufrimiento quedaban sepultados. En esos minutos todo mi cuerpo se sintió débil, lágrimas de dolor e ira corrían por mis mejillas y hubo un eclipse total en mi alma.

Con el corazón roto, mi hermano y yo continuamos nuestra travesía por el país de Guatemala. Conocimos a algunas personas que tenían como objetivo llegar a Estados Unidos y ya habían sido migrantes. Convivimos y nos hablaron de lo perturbador que era viajar para lograr el sueño americano. Las peores e inimaginables situaciones que cada persona nos contaba eran impactantes, desde el Ejército mexicano hasta los grupos despiadados como las maras o los narcos.


Mi hermano y yo no podíamos seguir, se presentó una barrera invisible que se interpuso y no nos dejó avanzar. No buscábamos ese sueño, sólo buscábamos un lugar para vivir y no soportaríamos más pesadillas ni riesgos; al final sólo buscábamos paz. Cruzamos la frontera de México en un pequeño bote,

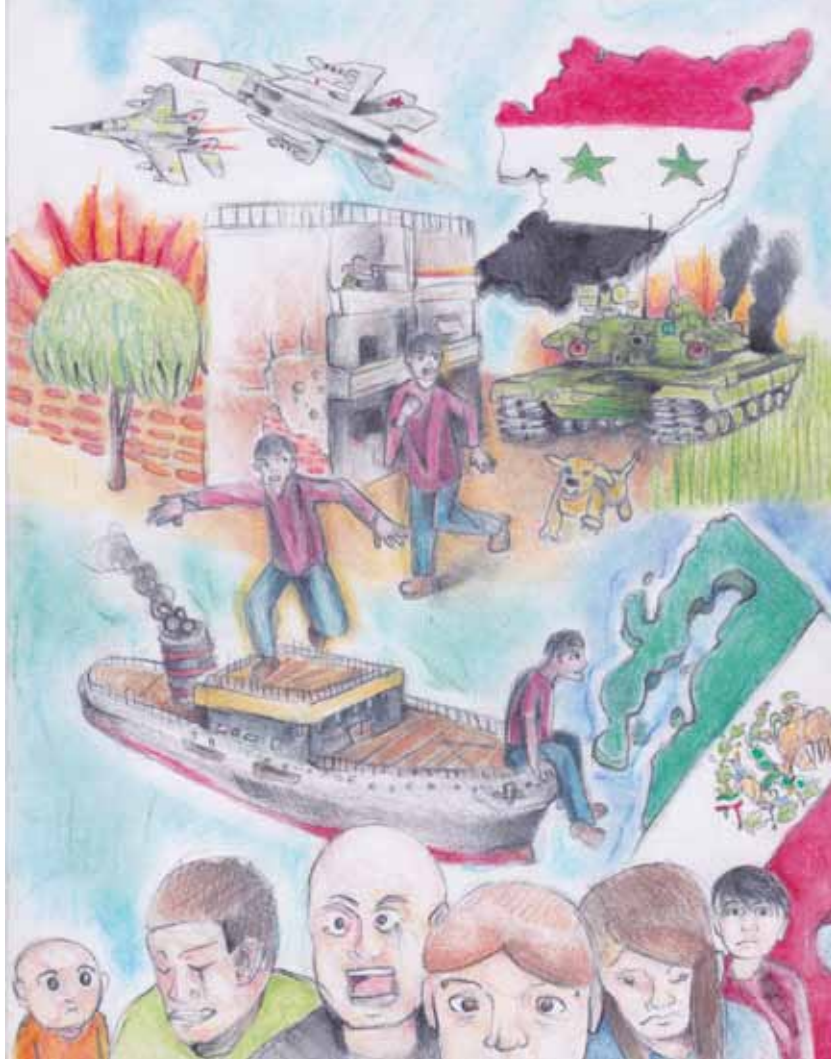
sin dinero ni papeles que nos identificaran; nos hablaron de los albergues para refugiados y migrantes y ése era nuestro destino.

Al llegar y contarles nuestra historia nos orientaron para realizar el trámite oficial que nos ayudaría a ser reconocidos como refugiados y así dejar de sentir la amenaza de regresar y encontrar la muerte en nuestro país.

Estar en un país extraño y desconocido no es fácil: se sufre discriminación, los trámites son complicados y tardados, y las posibilidades de tener una respuesta positiva son mínimas, pero también conoces personas buenas y amables que devuelven un poco de la esperanza perdida en aquel infierno que vivimos.

Ahora estamos a la espera de una respuesta, mientras tanto siempre quedará en mi memoria el día en que cambió mi vida, los caminos que atravesé y los miedos que superé. Mi hermano y yo nos volvimos uno mismo y ahora somos conscientes de que hay personas que sufren cada día buscando una es-

peranza. En el albergue en que nos resguardamos y a la vez ayudamos se dice una frase que motiva a la gente a seguir adelante y la mencionó una niña que como nosotros sufrió diferentes problemas: “no pienses sólo en la desgracia sino en toda la belleza que aún permanece”. 



Construye, no muros

Isaac Ernesto Vázquez Sandoval

Mención honorífica en la categoría
de 13 a 17 años.

¿Cómo son recibidos los refugiados que viven en México?*

Jennifer Nayeli Navarro Soto

María Cecilia nació en 2001 en algún lugar de Honduras. Al cumplir su primer año de edad su padre, que era el líder de una pandilla, fue vendido por su amante con la pandilla contraria. Cuando la niña cumplió cuatro años de edad su madre muy triste descubrió que tenía

sida. Sin pensar las cosas y creyendo que era lo mejor para sus cuatro hijas, la madre cometió el más grande error de su vida y las dejó con su abuela paterna. La abuela dejó a sus nietas bajo el cuidado de su hermana porque se fue a Estados Unidos. La señora, creyendo que estarían en buenas manos, no se percató de que la hermana maltrataba a las niñas.

Cuando María Cecilia cumplió ocho años de edad, la abuela regresó a Honduras porque descubrió después de tanto tiempo que sus nietas eran maltratadas. La abuela se fue a vivir con sus nietas a casa de una de sus hijas en donde trataban bien a las niñas; eran muy felices hasta que la abuela decidió regresar a Estados Unidos sola, dejando de nuevo a las cuatro niñas pero ahora con su hija. Con el paso del tiempo la tía comenzó a utilizarlas: hacían la limpieza; lavaban la ropa de la tía, su esposo y sus hijos; cocinaban y las mandaba a vender pan para tener ingresos mientras que los primos no hacían nada y les hacían *bullying* a las niñas.

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

María Cecilia sólo se divertía cuando iba al colegio; le gustaba platicar con sus compañeros, estar en clases y olvidar todos los problemas que tenía en casa. Al pasar los años, cuando la niña cumplió 12 años de edad, el esposo de su tía entraba por las noches al cuarto de María para abusar de ella sin que su tía y sus hermanas se dieran cuenta. La niña no sabía qué hacer, se sentía asustada, temía que algo peor pasara y por el mismo miedo ella no dijo nada a nadie y mucho menos con las autoridades, ya que el tío la amenazaba constantemente con matarla si ella hablaba.

Siempre deseaba que los encontrara alguien para así poder decirlo algún día. No pasó mucho tiempo cuando una noche estaba en su cuarto y se encontraba su primo con ella y fue cuando el tío entró a su habitación. María se asustó demasiado pero a la vez estaba feliz de que por fin fuera a acabar ese episodio de su vida tan indignante. La niña pudo decirles a su tía y primos todo lo que ese hombre le hacía por las noches, pero la señora no

le creyó a ella sino que la culpaba de todo. Corrió al esposo de la casa pero amenazó a la chica para que hiciera todo lo que ella quisiera a cambio de no decirle a su familia que su matrimonio había acabado por su culpa. María sintió mucha pena de que su familia se enterara de esta situación y la culpaba también, por eso accedió con su tía. Así vivió tres años de maltrato en su vida hasta que se cansó y decidió irse a vivir con sus abuelos maternos a los 15 años de edad.

Al pasar el tiempo, aquellos hombres que habían asesinado a su padre fueron a buscarla para matarla, pero no la encontraron en casa, ya que ella se encontraba en el colegio. Al llegar María a la casa sus abuelitos le contaron lo sucedido y sin más preámbulos ella tomó la decisión de migrar a México y allá encontrarse con su hermana mayor.

Luego de que la niña triste huyo de su país sola, sin conocer el camino y con poco dinero, pasó un día entero sin comer hasta que al fin se encontró con su hermana. Al estar con ella María se sentía

un poco más segura y feliz de hallarse con parte de su familia; sin embargo el gusto no duró mucho tiempo, ya que Migración las detuvo y las llevó a la estación migratoria. Ahí les hicieron una serie de preguntas y dejaron libre a su hermana por tener un hijo de nacionalidad mexicana.

María Cecilia, muy asustada de ser deportada y volver a su país donde las maras la buscaban, no encontró otra opción más que pedir refugio. Entonces le hicieron otras preguntas para comenzar con el trámite de solicitud de asilo y así no ser deportada en el momento. Gracias a su trámite la mandaron a un albergue donde se encuentra segura; ahí conoció a más chicos y chicas de su edad, no con historias iguales pero sí con historias muy fuertes y de peligro como la de ella.

Esto es lo que pasa cuando alguien cruza ilegalmente, tal vez no sólo por trabajo sino también por violencia, abuso sexual y muchas cosas más que hacen que las personas huyan a otro país para

tener una mejor vida. Así como María Cecilia, hay muchas personas más que necesitan ser refugiadas y tener el apoyo de ACNUR y otras organizaciones.

Fin. 



Alegra tu mundo otra vez • Oliver Montes García • Mención honorífica en la categoría de 13 a 17 años.

Se terminó de imprimir en diciembre de 2017 en los talleres de Impresos Ofiográfic,
calle Manuel M. Flores núm. 25, col. Obrera, 06800 Ciudad de México.

*Amigas y amigos
de otros lados.*

Cuentos y dibujos de niñas,
niños y jóvenes sobre personas
refugiadas

El tiraje fue de 1000 ejemplares impresos en papel couché de 130 g.
Para su composición se utilizaron los tipos Caecilia LT Std y Frütiger LT Std.